3ª SECCION

DEMOCRACIA

DIARIO DE LA TARDE

TELEFONOS:
Dirección . . . 0052
Redacción . . . 0053
Administ. . . . 23116
ENTRE RIOS 859-863

PORTE PAGO

Director: José Guillermo Bertotto | ROSARIO, MARTES 20 DE SEPTIEMBRE DE 1927. | AÑO II — No. 565

ROMA INMORTAL



Maravillosas columnas! Sostienen desde siglos la gloria de una gran civilización!

ITALIA

El poeta Marquina conmemora el terremoto de Messina, el día mismo en que de él se tuvo noticias en Madrid, en 1908.

Italia, hermana, la hermana de los maternos amores,
la pía, la vigilante, la de la casta entereza,
¿por qué destino de hierro, cuando te ciñes de flores,
fuegos y lavas, cubriendo los astros con sus vapores,
te funden de nuevo, estatua de la antigua fortaleza?

¿Qué gran misterio es el tuyo?... ¿A qué, sacrílega, osaste
que una ley, dolida acaso de la ley que tú creaste,
forja tu vida, en el yunque de todos los cataclismos?...
¿Qué milenario Vulcano, porque tu destino sea
humano y divino a un tiempo, pone en tus flancos su tea
y te cubre con las brasas del horno de sus abismos?...

Italia, en las majestades de tu dolor, en la grave
soledad de tus tristezas, en tus crispaciones, cabe
las ruinas de tus ciudades, los montones de tus muertos;
¡renovaremos el pacto de Raza que nos auna,
y arrojaremos encima de tus sepulcros abiertos
las flores que, un día, Madre, tú arrojaste en nuestra cuna!

La lengua nuestra, que mueve de la tuya, está vestida
de dolor, en este trance doloroso de tu vida;
que es don de sangre, y tu sangre corre, a voluntad, por ella;
que es legado tuyo, Madre, y en tus horas infelices,
siente que un ciclón de fuego por sus verbos atropella,
como la copa de un árbol que ardiera por las raíces!

Italia, hermana y señora, Casa-raíz de latinos,
si se han doblado los tronos no se han roto los caminos
que de ti llegan a España, que tornan de España a ti.
Si cegados estuvieran, la piedad los abriría
¡y toda España, por ellos, con óbolos pasaría
para socorrerte y para trillarlos de nuevo así!

Alta la lira, y en ella los doloridos crespones,
rotas sus cuerdas, que el llanto no consiente las canciones,
¡pido por Italia, pido por nuestra Madre latina!
¡Por sus muertos, por la paz de sus viviendas desnudas,
por la vida de sus huérfanos, por el dolor de sus viudas,
por las sagradas reliquias de sus ciudades en ruina!

¡Señor Rey! Por la que ha puesto sobre tu vasta heredad
este fermento glorioso de austera latinidad,
que aun da a tu cetro el fulgor del cetro aquel de Trajano!...
España: ¡por la que ha sido una contigo en la Historia,
porque unirse era preciso para soportar la gloria
de Séneca y de Lucano!

¡Poetas, hijos del Arte!... ¡Oh, la voz torna impotente!
¡Oh, jamás corten laureles para ceñir vuestra frente
si, en este trance, no dais muestra de ser bien nacidos!
Que es Italia, Italia, la cuitada y la dolida;
que, por sus arcos triunfales, penetramos en la vida;
que, de estas cenizas suyas, todos estamos ungidos!

EDUARDO MARQUINA

El pudor de Carolina Otero

Acaba de verse el proceso sensacional intentado contra el pintor Juan Gabriel Domergue por Carolina Otero... ¿Motivo del litigio?... El pudor... ¿El pudor de Domergue?... No... El pudor de la Otero...

¡La Otero!... Para los jóvenes —generación de 1900—no tiene ya este nombre significación alguna; todo lo más un atisbo de malicia percibido, con las primeras curiosidades de la adolescencia, en la sonrisa de los mayores... Pero para éstos, para nosotros, la "Bella Otero" es la evocación lejana de los días mozos; es la sirena, reina de todas las sirenas, entrevista en la bruma de oro de las ilusiones al comenzar la inútil persecución de la Quimera... Y en el Libro de la Vida, que abríamos con mano trémula hace veinticinco años, fué la Otero la estampa fulgurante de una incomparable apoteosis del Pecado.

¿Quién hubiera podido predecir entonces que andando el tiempo esa mujer tan pródiga de su hermosura como el sol de su luz había de ensombrecerse con todos los prejuicios o con todas las hipocresías tristes, y había de llegar a ser tan distinta de sí misma que sólo conservara de su otro aspecto la paradoja de seguir llamándose Carolina Otero?...

Carolina Otero se llama, en efecto, una señora dueña de una "villa", en la playa de Antibes. En esa playa, y frente a las ventanas de esa "villa", el pintor Domergue tomaba diariamente sus baños de sol y de mar, y lo hacía sin más vestido que el "maillot" corto usado por los deportivos. La señora propietaria de la "villa" no pudo soportar el espectáculo que le ofrecía aquel hombre, tan desnudo, y presentó en la Alcaldía de Antibes una denuncia por ultrajes al pudor, a "su pudor"... La denuncia fué admitida, el proceso se ha visto en la Audiencia de Niza y el pintor Domergue ha sido condenado al pago de una multa.

El pudor de Carolina Otero ha utilizado para su defensa la formidable máquina de la justicia... Y esa máquina se ha movido con la misma inconsciencia con que otra máquina, la de la imprenta, recogió para esparcirlas a los treinta y dos vientos de la publicidad todas las intimidades no ya impúdicas tan sólo, sino procaces y repugnantes, acumuladas por Carolina Otero en las trescientas páginas de su libro de Memorias editado recientemente.

"Mi padre — escribe la Otero— tenía el vicio del juego, y mi madre, además de muy gastadora y muy coqueta, era muy liviana. Mi padre se arruinó jugando. Mi madre perdió entonces todo recato y no ocultó sus amores con un viajante francés que andaba por el norte de España..."

El pudor de la señora Otero no se alarmó al redactar estas líneas preliminares; después de esto, ¿qué razón podía quedarle ya de alarma? ...Ese pudor no se detiene ante nadie ni ante nada... Carolina no lo cuenta todo en sus Memorias.. Nos refiere cómo su padre fué muerto en duelo por el amante de su madre, y ésta casó poco después con el matador de su marido... Luego, la historia personal comienza... Carolina es una niña de once años; está interna en un colegio de Galicia; a pesar del internado, se las arregla para tener un novio que se llama Paco; por las noches, Carolina se escapa del colegio y pasa con su novio las horas hasta el alba; el novio se convierte en amante, primero; en chulo, después, y explota a la chiquilla, haciéndola bailar en los cafés cantantes... Al fin, la niña abandona el colegio y se fuga con el rufián... Viven en Lisboa hasta que la policía los descubre... Carolina vuelve, entre los guardias civiles, a casa de su madre...

Pero sólo aguarda una ocasión para escapar de nuevo... La ocasión llega, y la muchachita, que aún no ha cumplido los doce años, toma de nuevo el tren y regresa a Lisboa... Paco, el "novio", no está ya en Portugal... Pero Carolina se contrata para bailar en el Teatro de la Avenida, y acepta las galanterías de un banquero que le pone piso, le compra joyas y le da dinero... Carolina reune cien mil pesetas, y con ellas se marcha de Lisboa, burlando al banquero, para ir a Barcelona en busca de Paco, el chulo, que anda por allí... En Barcelona, la Otero se convierte en "estrella" de un establecimiento donde hay de todo: baile, juego, reservados... Y Paco administra el sueldo de Carolina y las cien mil pesetas traídas por ella de Portugal, de tal modo que al poco tiempo la Otero no tiene una peseta ni un brillante... Nueva fuga, burlando a Paco, para ir a parar a Oporto, donde Carolina baila y enamora a un muchacho rico, Manuel Domingo, al que emprobece sacándole trescientas mil pesetas... Luego, una noche, la Otero oye cantar en la Opera a un barítono italiano, Guilelmo, guapo mozo a quien las mujeres distinguen... Carolina se hace presentar al cantante, al acabar la función, y en la noche, pasada con él, le decide a casarse... Pero Guilelmo se parece a Paco, y en el viaje de bodas la fortuna de la Otero se volatiliza... Nuevo abandono y otra fuga... La Otero se instala en Marsella, donde encuentra, como en Lisboa y en Oporto, al hombre explotable, que es, a través de personalidades diversas e innumerables, toda su historia... El protector se llama, en Marsella, conde de Pont-Maxence... Otro piso... Otra cuenta corriente. Otros miles de duros... Y otro chulo... Este es un español... Un día el conde se entera de la clásica traición y recoge su cuaderno de cheques... Carolina sale para París... Allí aguarda su marido... Reconcialición... Guilelme no tiene dinero... Cuando el de Carolina se agota, Guilelmo aconseja a Carolina que se entienda con el dueño del hotel donde se hospedan, y Carolina atiende al consejo; pero Guilelmo desaparece un buen día llevándose las últimas sortijas y los últimos collares de su mujer...

Para cambiar, la Otero, cansada de protectores, se entrega a una protectora, Valentine de Bruges, y sonsigue contratos en París, en Nueva York y en Berlín...

A orillas del Sprée, Carolina descubre un magnífico filón en la persona del barón Ollstreder... El barón no pone límites a su generosidad... Una casa, una fortuna, un montón de perlas y brillantes, carruajes, pieles, fistas; cuanto puede soñar la ambición de la más ambiciosa de las mujeres es ofrecido por Ollstreder a la Otero... Y, sin embargo, un día el barón comete la imprudencia de mostrar a Carolina su palacio... En la vitrina de un salón, y dentro de un cofrecito, la Otero encuentra setenta perlas, y pretende apoderarse de ellas. El barón Ollstreder, que ha regalado ya a Carolina tres magníficos collares, explica que no puede ofrecer igualmente aquellas perlas, de su madre... La Otero pide las perlas prestadas para lucirlas una noche... El barón accede... Y Carolina escribe:

"Prometí devolver las setenta perlas al día siguiente; pero no tenía intención de hacerlo. El pobre barón aguardó sentado el regreso de sus perlas y no volvió a ver jamás aquel recuerdo de su madre. Pocos años después vendí el "recuerdo" a un joyero de Niza y jugué y perdí, en Monte Carlo, los cien mil francos que recibí por la venta..."

Hemos llegado a la centésima página de las Memorias... Faltan aún doscientas páginas más: relato minucioso de amores venales, de abyecciones, de groserías insuperables. ¿Para qué seguir?... La historia de la Otero, contada por ella misma, no es, como lo pretende su título, una novela vivida y audaz: es un diario de cuentas donde aparecen, consignados con espíritu y lenguaje de burdel, los tratos hechos por la protagonista en veinticinco años de mal comercio... Después de la publicación de ese diario, ¿qué matemático podría dar con la fórmula infinitesimal del pudor de Carolina Otero?...

Mas si el inocente "maillot" corto de Domergue ofendió a tal pudor y mereció castigo, ¿qué penalidad habría que imponer, en justicia, a la señora Otero, por haber atentado contra el pudor de millares de lectores eventuales, por haber hecho alarde y propaganda de corrupción entre milliares de lectoras seguras, y por haber inferido en resumidas cuentas, públicos ultrajes a la dignidad humana?

En defensa de sus Memorias, que alzaron tormenta de escándalo, Carolina Otero pronunció una conferencia en "La Tribune Libres des Femmes", y dijo:

"Mi relato es crudo porque está escrito con toda sinceridad sentimental..."

Sería curioso saber cómo define y dónde sitúa la señora Otero el sentimiento...

Antonio G. DE LINARES

¡OH SANTA POBREZA!

¡Oh santa pobreza,
dulce compañía,
timbre de nobleza,
cuna de hidalguía:
ven, entra en mi pieza,
tiempo ha no te veía!

¡Pero te aguardaba
y austero pasaba
la existencia mía!

¡Oh santa pobreza,
crisol de amistades,
orto de verdades,
venero de alteza
y aguijón de vida,
ven, entra en mi pieza
seas bienvenida!

Callado y sereno
me hallarás y lleno
del alto Ideal
que en los rubios días
de mis lozanías,
y ahora en mi ocaso,
aviva mi paso
por el erial.

¡Oh santa pobreza
dulce compañía,
ven, entra en mi pieza
tiempo ha no te veía!

Amado NERVO

EL CHINO Y EL ARGENTINO

Preguntadle a mi amigo el rico chino Y cómo están sus hijos, y os contestará: — Los dos innobles escarabajos, señor, asquean a quien los mira, y no son dignos de ocupar por un instante la lúcida gema de vuestra mente superior.— Preguntadle a mi amigo el argentino de clase media Y qué hace su prole, y os responderá: —El mayorcito es un Apolo, la niñita es una Venus. El empieza a iluminar postales ilustradas, y cualquier día va a ser el primer pintor del mundo. Ella baila genialmente, y, a su tierna edad, ha superado a la Karsavina. De todos modos, por fortuna, serán millonarios los dos.

Sospecho que es algo interior la felicidad del que, siempre cauto, deprecia por sistema las cosas propias. Será, tal vez, en cambio, dicha de puro relumbrón la absurda vanagloria en ellas. Pero ambas tendencias son profundamente humanas. Mi amigo el chino se propone gustar, obtener su inmunidad por la complacencia ajena. El hijo del Plata cree poder desarmar a sus congéneres por el estupor. El chino está arrugado y reconcomido por su vieja y habilidosa cultura. El argentino, por su parte, es el hombre nuevo que asigna virtudes mágicas al nombre de la cosa, aunque ella esté ausente. No hay más fácil empresa que la inundar de júbilo el corazón de Z; hasta con que vuestros ojos simulen relámpagos de la envidia y de los celos. Acaso para Y el procedimiento debiera ser más complejo. Pero entiendo que mientras el argentino se contentaría con que, al hablar de él, multiplicaseis benévolamente la cifra de sus caudales, un chino prefiriría tres pesetas.

Los más nos dedicamos a combinar ambos sistemas. Disimulamos ciertas ventajas, especialmente las reales, para hacerlas pasar como de contrabando, y exageramos otras, sobre todo las engañosas o poco sólidas, para compensar con la ajena sorpresa la deficiencia objetiva. La primera táctica es más bien adulta: en la segunda, se advierten resabios infantiles.

Z será más expansivo; Y, me parece más sagaz. Hay cierto modo deliberado de pasar inadvertido que os permite obrar, a vuestro antojo con la humanidad. Esta no se da cuena de los valores sutiles. Si pasáis de cara, si no de canto, entre los empujones impulsivos, no sólo llegaréis primero, sino que todos se dirán que os ladeasteis para ayudar a los de atrás. Pasaréis adelante entre sonrisas agradecidas.

Inversamente, el que se dedica al adorno reclamístico de sí mismo y de sus obras, hiere al menos la epidermis de nuestro espíritu (que es en muchos lo más sensible que el espíritu tiene); y nos vengamos de él exagerando el descuento de su retórica y fiscalizando de mal temple su mercadería. Y las personas de más cuidado obran como si creyeran que el jactancioso de sí mismo, si es listo, se produce así excitado y alarmado por algun handicap, y si es un bobo engreído no hace más que solicitar protagonisco a su modo, la broma, y prestarse a las añagazas, y ofrecerse como víctima al timo. En realidad, lo que pierde a los asesinos es haberse dado pisto. Concentración o indefensión: he aquí el dilema.

No se olvide el aspecto estético El hombre satisfecho de sí mismo me trae a la memoria cierto señor que, al comer, cerraba los ojos, en bienaventuranza. He conocido a hombres visiblemente vanos, que alegraban todo un tranvía o toda una ciudad.

Pero hay todavía un aspecto más interesante, más patético, a favor de mi amigo el chino. Toda superioridad que gusa de asomarse, es objeto de emboscadas por parte de misteriosos espíritus del aire. La suerte se empeña en que los bellos juguetes que nos da no tarden en ser dstruídos. ¿No será, pues, excelente astucia fingir que no nos hemos dado cuenta de nuestra superioridad, que apartamos la mirada de los chirimbolos que anhelamos, como si se tratase de pobres desperdicios? Me obstino en creer que el chino que inventó la depreciación de sus propios hijos creía defenderles misteriosamente. Una vieja fábula, de antigua sabiduría oriental, expresa algo parecido. Mientras vivimos, atravesamos cámaras tenebrosas de un palacio desconocido. Nada se pierde en caminar de puntillas. Nadie sabe a quién podríamos despertar.

José CARNER

Reflexiones Sobre la Igualdad

Por LUIS DE ZULUETA

Libertad... ¿igualdad?

La queja contra la desigualdad humana es casi tan antigua como el mundo. Ya en las primitivas literaturas orientales aparece el contraste entre el magnate opulento, sentado a su mesa, cubierta de metales preciosos y exóticos manjares, y rodeado de esclavos, músicos y bailarinas, mientras el mendigo andrajoso ronda las puertas de la sala, codiciando las migajas del festín.

El cuadro es eterno. La cruel disonancia entre la orgía y el llanto, entre el fausto y la miseria.

Pero ¿no es verdad que todos tenemos la impresión de que esa disonancia extrema, que rompe la armonía social, ha ido disminuyendo a través de los siglos, y ya en el nuestro, se halla considerablemente mitigada y reducida?

***

Hay, sobre todo, un momento decisivo en la Historia. En el París de mediados del siglo XVIII, un extranjero pobre, raro y enfermo; un hombre que conoció desde la infancia el dolor, y el abandono, y el asilo, y el caminar vagabundo por las carreteras, y el dormir al raso, escribe un "Discurso sobre la desigualdad de los hombres".

Se llamaba Juan Jacobo Rousseau. No hubo desde entonces un escritor más admirado, ni más combatido. Aquel hombre, el primer romántico, mostró, sin embargo, la base económica de esas desigualdades sociales. Fué el filósofo de la democracia y el precursor del socialismo.

Surge luego la Revolución francesa. La palabra "igualdad" queda esculpida en los mármoles de los frontispicios y flamea sobre las banderas tricolores. Una tendencia igualitaria inspira más tarde a los modernos partidos obreros.

¿No diríamos que, al cabo de siglo y medio, después de la muerte de Rousseau, las grandes diferencias de fortuna van quedando ya, no suprimidas, pero sí notablemente atenuadas.

***

He ahí, no obstante, un libro que viene a probar lo contrario.

Con el título "Descubrimientos de Historia Social", resumió en un tomo el vizconde Georges D'Avenel los frutos de una investigación de treinta años, consignada ya en varios volúmenes anteriores y dedicada a estudiar los datos económicos de la vida francesa desde los comienzos del siglo XIII hasta los primeros años de nuestro siglo XX.

¿Qué resulta de este laborioso estudio? Resulta, entre otras cosas, que contra lo que a primera vista se diría, las desigualdades económicas se han acentuado y extremado en los últimos tiempos. Reduciendo las monedas antiguas y las modernas a un patrón común, fundado en su verdadero poder adquisitivo, hallamos que los millonarios de hoy son seis veces más ricos que los más adinerados personajes de los tres primeros siglos de la Edad Moderna, y diez veces más ricos que los más opulentos príncipes de la Edad Media.

O bien, presentada la cosa en otros términos: A igualdad de fortunas, los millonarios de hoy son doce veces más numerosos que los del Antiguo Régimen en Francia, y veinte veces más numerosos que los de los siglos medioevales.

No hubo nadie en la Edad Media que dispusiera de una renta anual equivalente a los tres o cuatro millones de francos oro de que hoy gozan anualmente varias docenas de ciudadanos particulares franceses. Ni aún los reyes gastaban esa suma. Fué un caso especialísimo el del rey San Luis que, en el año de la Cruzada, invirtió, y no ciertamente en sus dispendios privados, la cantidad de 3.880.000 francos. Pero hoy hay medio centenar de millonarios en Francia, cada uno de los cuales percibe al año una renta semejante.

Y en época no menos remota, durante los años del magnificente esplendor de la monarquía, las fortunas escandalosas del cardenal Richelieu y Mazarino que acaparaban en su persona pingües beneficios eclesiásticos, prioratos o abadías, no llegaban a los de algunos industriales o comerciantes de nuestro tiempo. Durante setecientos años, por lo menos, no se conoció en el mundo riqueza parecida a la que hoy acumulan en una sola mano algunos grandes capitalistas franceses.

Grandes capitalistas que, a su vez, son unos pequeños propietarios y modestos rentistas al lado de sus colegas de Ultramar, los multimillonarios americanos, cuyas fortunas son cincuenta veces mayores. Alguno de estos puede derrochar cada día tanto oro como el que constituyó en otros siglos la utilidad anual de un canciller o de un prelado, la herencia de un duque o la dote matrimonial de una princesa.

***

A la vez que triunfaba en el mundo la democracia, con su sentido de la democracia, con su sentido de la igualdad política, surgían el moderno capitalismo y la gran industria, con sus nuevas desigualdades económicas.

Esa inmensa transformación industrial, realizada en un centenar de años, ha acentuado más que nunca el desnivel de las fortunas. Pero, por una de esas automáticas compensaciones que son como el mecanismo de la vida, esa misma transformación ha venido a nivelar los goces. La gran industria, multiplicando gigantescamente la producción, difunde y abarata la manufacturas y pone al alcance de todos los bolsillos objetos más útiles y preciosos que los que antaño estaban reservados a los palacios de los reyes y a las arcas de los poderosos señores.

De la grasienta escudilla de madera del antiguo siervo, a la vajilla de plata del barón feudal, existía un abismo. Pero entre la limpia loza del obrero moderno y la porcelana del millonario la diferencia es, sensiblemente muy pequeña. ¡Qué distancia entre el candil ahumado y mal oliente y la araña de cristal deslumbradora. La bombilla eléctrica, en cambio, nos ha igualado a todos. El automóvil del obrero norteamericano no es un coche como los que tendrán a su disposición un Morgan o un Rokefeller. Mas, al cruzarse con ellos, no siente el operario actual la inferioridad del villano que, caminando con los pies descalzos, veía pasar la suntuosa carroza del potentado. Lujo de muy pocos eran en otro tiempo los libros, los cuadros, los refinamientos del arte. Hoy leemos a Platón por dos reales, ofrecen a todos los hombres las producciones más exquisitas del saber o de la belleza.

¿Puede con todos sus millones el millonario comprar goces mucho mayores en la vida?

***

Lo malo es que no siempre el obrero, escaso de medios materiales y aun de tiempo y fuerzas, hallará manera de educar su espíritu afinar su sensibilidad, llegar a una cultura superior. Lo malo es que el millonario, quizás ahogado en su oro, no tiene muchas veces el alma preparada y despierta para consagrarse a los nobles fines de la existencia humana.

Una moderna tendencia a la igualdad consiste en la llamada escuela única, quiere ofrecer a todos, cualquiera que sea su clase social o su situación económica las mismas posibilidades de alcanzar la cultura superior y universitaria. Vía libre a los más capaces. Los estudios y los grados académicos dependen entonces de la aptitud, del talento, de la voluntad y no de la fortuna.

Igualdad, abajo. Igualdad de medios de instrucción, de facilidades, de instrucción. Igualdad en el punto de partida, para que surjan luego libremente las inevitables, las fecundas desigualdades naturales.

El discreto no es igual al torpe; el entusiasta no es igual al adormilado y perezoso; el alma genial no es igual al alma vulgar. No lo son, ni deben serlo. Igualdad, abajo: Libertad, después, para orientarse por los senderos diversos que ascienden hacia las lejanas cumbres de la sabiduría, del arte o del heroísmo...

Igualdad..., libertad.

LA RUPTURA

(UN CUENTO)

Mi amigo el joven escritor vino ayer a mi casa a despedirse. Había dejado el "taxi" a la puerta y traía colgado del brazo el bastón de malaca adquirido media hora antes en el bazar de moda.

—Me voy en el exprés—me dijo—Te traigo unas cuartillas las últimas cuartillas románticas que escribo. Son una especie de testamento de amor y de literatura. No quiero volver a leerlas siquiera. Las escribí no sé por qué; quizás para despedirme de lo que fuí hasta ahora. Te las dejo con el propósito de que haya alguien que las lea, puesto que no pienso publicarlas. Adiós, chico. Hasta la primavera.

Nos abrazamos alegremente y se fué. Las cuartillas son éstas:

"Acabo de reñir para siempre con esa mujer. He sentido cómo cerraba la puerta sin mirarme, y aún pensé que volvería como otras veces, desde la mitad de la escalera, alborotando, loca, el timbre de la puerta para caer en mis brazos llorando, dispuesta a todo con tal de recuperarme. Pero hoy se ha ido definitivamente, echándome la culpa de lo ocurrido, pero con la evidencia en el fondo de sí misma de que ni ella ni yo la tenemos La veo en el centro de mi cuarto, con su sombrerito liso, su bolso enorme entre sus manos nerviosas haciéndome reproches, demandándome explicaciones, insultándome, pataleando, tirando al suelo con furia los libros de la mesa de noche y sollozando después sobre el lecho, como un charco de agua azul estremecida apenas por los suspiros. Me veo a mí mismo inmóvil, con los codos sobre la mesa, esperando que ella se descargue como una pila eléctrica, para empezar de nuevo a hablarle fríamente, con esas palabras que tanto la irritan, porque comprende que son exactas. Pero ella se ha levantado de pronto, se ha limpiado apresuradamente las lágrimas con aquel pañuelito que tanto ha rodado como una flor sobre mi mesa de trabajo; ha empaquetado sus batas, sus esencias, su costurero, sus revistas, sus castar, sus postales; ha recogido su retrato de la reprisa de la biblioteca. Y me ha dicho por última vez:

—Para siempre, ¿no es cierto?

—Para siempre.

Ha ido al espejo, se ha empolvado cuidadosamente el rostro, ha hecho más vivo el rojo de los labios, ha tomado sus paquetes con decisión y se ha marchado sin mirarme. Para siempre.

Yo me quedé un rato sin pensar en nada, con la cabeza entre las manos, oyendo como en sueños los bocinazos de los automóviles que llegan apagados hasta mi cuarto piso. Después, me puse a pasear lentamente, y poco a poco fuí notando a mi alrededor como un gran vacío, una gran soledad, un frío y poderoso silencio. Tuve la sensación que deben sentir los enfermos a quienes acaban de amputar un miembro importante. Pero la mutilación yo la sentía en mi alma: el vacío era en mis entrañas, en un sitio hondo de mi ser, en un sitio que yo nunca sospechaba que existiría en mí.

Veía a mi alcoba desamparada y desolada como nunca. Faltaban en la percha las colgaduras alegres de los vestidos, el centelleo de los frascos de perfume, el insecto de un imperdible sobre las sillas o el lavabo. Faltaba en lo alto de mi librería el retrato alegre, la efigie sonriente que me recibía con risa de gozo tan pronto yo abría la puerta. Ya nunca más los brazos abiertos como dos paréntesis entre los cuales fluía la frase de mi vida. Ya nunca más el brazo colgado del mío, el cuchicheo, la risa, el pellizco alegre, las manos amigas de mi rostro. Mis pobres libros y mis pobres papeles no volverían a sentir su caricia fugitiva, cuando ella les pasaba sus dedos, como sobre las teclas de un piano, diciéndoles sin palabras: "¡Sed buenos con él, libros queridos! El lo espera todo de vosotros. Para ser feliz y poderoso ha elegido el camino de vuestras páginas. Dadle vuestra ciencia, vuestra emoción y vuestra ternura, como yo se la doy, para que sea obra vuestra y mía alguna vez."

Y acabo de reñir con ella para siempre. Es esta inquietud lo que nos separa. De nuestro amor no ha quedado otra huella que la que deja en las manos de un niño un puñado de arena de la playa. Ni ella ni yo podríamos vivir con el fantasma del hastío interpuesto entre ambos, irritándonos a cada instante, engañándonos todos los días, disputando por las cosas más tontas.

Paseando por este cuarto donde vive la historia de muchos meses, me ha encontrado el atardecer. Desde mi balcón veo cómo el crepúsculo raya de claridad cúpulas y azoteas. Allá abajo, entre el cañamazo de los cables y las calles, cruzan tranvías, autos y peatones. Van parejas cogidas del brazo. Entre el tumulto de la urbe andará ella también, perdida ya para mí, mirándose en los escaparates de las tiendas, prendiéndose en otros ojos que no serán los míos. Yo también bajaré a la ciudad, dejaré mis libros y mis cuartillas, y buscaré otra mujer que se parezca un poco a ella y que, sin embargo, sea distinta."

José DIAZ-FERNANDEZ

NOTAS DE PARIS

El Senado francés, en plan de economías, no ha concedido el dinero necesario para que los deportistas de Francia puedan tomar parte en los Juegos olímpicos de 1928.

"Le Journal" abrió inmediatamente una suscripción nacional, a la que contribuyen el popular periódico con 25.000 francos, y en pocos días ha reunido cerda de un millón.

*

El Gobierno ha resuelto prohibir a la aviación militar los vuelos trasatlánticos hasta que los aparatos no sean más perfectos.

El mismo día que se publicó esta desconsoladora noticia, un joven parisiense, en frágil canoa — después de caerse dos veces al mar,— logró atravesar... el Canal de la Mancha en cuatro horas y treinta minutos.

*

Un gentil artista que dormía tranquilamente en su casa, se despertó al oír cierto ruído extraño. Encendió la luz y fué sorprendida por un joven y elegante ladrón que, empuñando un revólver, exigió le entregara las alhajas.

—Ahora se las daré; pero le ruego que no haga ruido, porque mi madre duerme en la habitación inmediata y podría despertarse asustada.

Después de esta razonable respuesta, y al saltar de la cama la bella artista, el ladrón—sin valor ni galantería—huyó despavorido.

*

Los humoristas parisienses comentan estos "contrastes", que son los únicos interesantes en esta tranquila semana de estío.

Juan BRASA

¿Cuales son a su juicio, los libros que no deben faltar ni en la más modesta biblioteca de mujer inteligente, honesta y femenina?

(Encuesta de la escritora española María Luz Morales)

Amiga mía: Tratándose de lecturas para la mujer española, lo que más urge es enseñarle a leer periódicos. Los nuestros son un verdadero honor de España, no por las maravillas tipográficas, ni por la asombrosa cuantía de los anuncios, ni por su enorme difusión, como ocurre en otros países, sino porque constituyen el refugio de pensadores, poetas, cronistas, cuentistas, críticos y, en fin, de toda familia literaria. Con razón se ha dicho que la penuria de nuestra incipiente producción editorial hace que el periódico recoja el vastísimo ideario propio de los libros. Así se explica que las firmas más gloriosas en nuestra república de las letras aparezcan constantemente en las planas de diarios y revistas.

Pues bien: nuestras mujeres —por regla general—no saben leer periódicos. Agotada su curiosidad con los "sucesos" y los "ecos de sociedad", apenas les queda tiempo ni ganas para leer tal cual articulejo festivo. Lo demás—religión, sociología, política, reflejos de la existencia de pueblos extranjeros, censura literaria, etcétera—no atrae su atención. Son "pesadeces", más propias para marisabidillas que para "mujeres de su casa". Mientras la "mujer de su casa" sea indiferente a las convulsiones de su tiempo (¡y de este tiempo!) y no tenga apetito de conocer lo que ocurre en el mundo, ni siquiera condensado en pocos párrafos y tratado por plumas experimentadas y cautivadoras, será un tanto prematuro soñar con bibliotecas para la mujer.

Pero, en fin, dando por sabido que sea ya sazón para tratar de ello, no caeré en la temeridad de esbozar el índice de la librería femenina. Y esto, porque creo que cualquier tipo que patrocinemos los hombres—siempre jactanciosos y en plan de "protectorado"—responderá a nuestros convencimientos personales y no a las necesidades de las mujeres. Así, yo recomendaría libros de moral cristiana, de Historia, de rudimentos sociológicos y jurídicos, novelas, comedias y poesías. ¡Pero eso es lo que me gusta a mí! Lo cual no constituye—en un demócrata—motivo suficiente para tratar de imponerlo a los demás. Ni cabe un tipo común de biblioteca femenina, porque la capacidad y los gustos son infinitamente variables, según la edad, el estado, el nivel de educación, el ambiente familiar, la profesión y otras mil causas. Los problemas sociales de la familia interesan a las madres, y no a las hijas. El "Quijote", que hacía los veinte años es una "tabarra", desde los veinticinco es fuente inagotable de reflexión y de emoción. El talento de usted acertará a multiplicar estos ejemplos.

En resumen: lo importante es que la mujer lea. Apartando de su mirada la bazoña indecente donde encuentran su lucro gentes despreciables—y que por imperativos de salud pública debiera ser igualmente proscrita de la mirada de los hombres—, ella misma debe buscar el camino de su ilustración y su recreo, atendiendo a su inclinación, recabando el asesoramiento de personas competentes en cada materia y no esperando índices dogmáticos donde unos varones sesudos se tomen una vez más la libertad de discurrir por ella y de suplantarla en sus iniciativas.

Ya comprenderá usted que esta fórmula responde a mis ideas en las cuestiones femeninas. La mujer, tan distinta del hombre en lo fisiológico y en los deberes sociales, es idética a él en la dignidad del espíritu, el cual tiene fueros, libertades y consideraciones que no cabe hacer diferentes para cada sexo sin deprimir a uno de ellos.

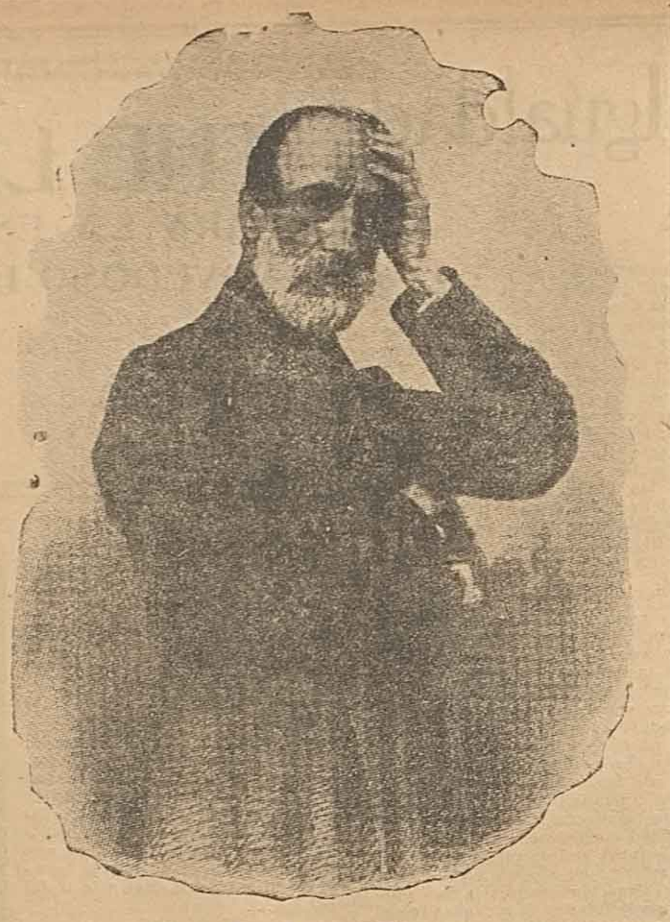
Sume usted a estas líneas mi aplauso por haber asumido esta investigación y por toda su labor, interesantísima. — **Angel Ossorio.**

—

Mi distinguida compañera: He seguido su encuesta, que, como todas las de ese género, revela la alta fe de quienes las emprenden, queriendo ncontrarse otra España que la que en realidad existe y queriendo vencer esa neutralidad que tanto exasperó a Maura en lo político, haciéndole dar carácter obligatofio al voto, como si fuera cédula de las conciencias. ¡Pero cuánto ha de pasar hasta que sea obligaño el buen libro y obligatoria la votación de la mejor parte de los lectores!

No soy partidaria de éstas encuestas por ese escepticismo y porque generalmente amañan su resultado el compromiso, la candidez o la intriga, siendo de recordar a este propósito que en uno de los últimos plebiscitos de esa clase apareció en cincuenta papeletas el nombre de un novelista indeseable—menos de ciucnenta reales en franqueo, ya que todas las cartas no venían de provincias—, y hubo que acortar el plazo de admisión para que no siguiesen aquella indudable autovotación. Sucedió entonces lo que suele suceder casi siempre: que los mejores escritores resultan insospechables e inexistentes, y los más finos lectores no toman parte en la cuestión: todo lo cual hace sospechar que aun no es hora de resolver por medio del sufragio universal la categoría de las figuras literarias.

Concretándome a su pregunta, diré, sin intento paradojal, que la mujer debe leer más que el hombre, ya que ella no puede tener tantas


MAZZINI

experiências directas como él y ha de hallarlas en los libros novelescos ,abandonando sólo aquellos que exageren a crudeza de la vida con sadismo o queriendo deleitar bajas pasiones.

La literatura añade facultades y virtudes graciosas a la mujer, siendo uno de los mayores encantos de las mujeres extranjeras no el que le dan sus peinados o sus modas, sino lo mucho que leen, hasta en los viajes y los entreactos, viéndolas con el tomo recién aparecido, en vez de ese que alguna vez aparece en manos de la viajera indígena y que es préstamo de la biblioteca de los abuelos.

Es importantísimo que la mujer lea, sobre todo por ella misma, pues sin haber leído mucho no sabrá resolverse en vida tan complicada, como la moderna, y no comprenderá los misterios del esposo y de los hijos, desorientándose su cautela y dando lugar a ese bárbaro y latente divorcio que adviene en muchos matrimonios pasada la luna de miel y que sólo podrá conminar el alma interesante, diversa y sutil que da la lectura.

De usted admirador y compañero, q. s. p. b., **Ramón Gómez de la Serna.**

—

Usted, amiga María, pide las cosas más complicadas con una sencillez desesperante. A mí, por lo menos, me desespera no podérselas contestar como quisiera.

¿Cree usted que es tan fácil atreverse a decir: **"Esto es lo que deben leer las mujeres?"**

En primer lugar, porque la mujer es tan complicada como la variedad que ofrecen los mercados de la lectura, y en segundo lugar, porque bastaría que se le indique lo que debe leer para que ella lea todo lo contrario.

Y no crea, amiga mía, que no me haya preocupado de su encargo: todo lo contrario: me he preocupado, y mucho; pero no doy en el clavo, lo confieso.

Recuerdo que un día que fuí a visitar a una respetable amiga, ligeramente enferma, y que por la buena relación añeja que teníamos se pudo permitir recibirnos en la cama, observé sobre su mesa de noche dos libros que me llamaron poderosamente la atención: las "Cartas de Madame de Sevigny" y "Carmencita o la buena cocinera". Ella, que no pasó por alto mi expresión de sorpresa, rióse amablemente de mi actitud y me dijo: "Amigo mío, las madres y las esposas somos esclavas, dulcemente esclavas, hasta en nuestros gustos literarios." De pronto, fijé mi atención en otro librito que, un poco más allá, permanecía vuelto, su título sobre el mármol; me arriesgué a cogerlo, cuando la mano de la ligera enferma se interpuso, y añadió, saliendo al paso de mi indiscreción: "¿Por qué despertar a los que duermen!"

Aquella mujer tenía sus preferencias. Leía lo espiritual, lo útil y lo que ella se sabía y se guardaba. Lo que hacéis todas, al fin y al cabo, y es natural que suceda así.

Lo sólo que yo objetaría por cuenta propia es que os rodeaseis de elementos de comprensión, para que supieseis leer, no precisamente al pie de la letra, sino más allá de ella; y una vez llegadas a este punto de perfección, no cabe duda de que la selección sería exquisita y definitiva.

Excuse este pequeño sermón; pero la cosa no es para menos, y, además, que la culpa es de usted.

Siempre amigo suyo, **Adrián Gual.**

—

"Gaziel" ha contestado con un artículo en "La Vanguardia" a la pregunta de María Luz Morales. Copiamos los siguientes párrafos:

"En principio, me parece que no hay ninguna razón capital para que las mujeres no lean lo mismo que los hombres. Yo he conocido a muchachas estudiantes en Alemania que leían perfectamente y con gran envidia mía (debo confesarlo) libros de química orgánica y de cálculo infinitesimal. Para las damas ilustradas escribió expresamente Fontenelle, en el siglo XVII, sus deliciosos "Entretiens sur la pluralité des mondes", en los cuales les hablaba del sistema de Copérnico y otras sublimes concepciones astronómicas, obteniendo de sus lecciones una atención superior a la que prestaban a la famosa novela del tiempo, "La princesa de Cléves". Hace muy pocos años, en París, la clase de Metafísica de Enrique Bergson estaba casi acaparada por mujeres elegantes. Y en estos mismos días, Salomón Reinach está publicando nada menos que una historia de la filosofía dedicada especialmente al público femenino de Francia. De manera que, cuando quieren y les apetece, las mujeres leen mejor que la mayoría de los hombres. Bien es verdad que siempre parece prudente, por vía de precaución, emperifollarles un poco las lecturas, hasta las más abstractas y elevadas, para que con lazos y ricitos pasen más suavemente. Pero el hecho es que pasan.

Así, pues, me atrevería a opinar que no hay tal pregunta. ¿Qué deben leer las mujeres? es como decir: ¿De qué deben alimentarse las mujeres? Sólo se puede responder: ¡Pues de lo mismo que los hombres! Si el cuerpo femenino, con ser tan distinto del viril, no necesita ningún régimen aparte y digiere perfectamente langostas, peces, aves, mamíferos, verduras, frutas y cuanto dan el cielo, la tierra y el mar, y se asimila en probada y aun ventajosa competencia con el cuerpo masculino, no entiendo por qué su espíritu—como no sea por antiquísimos hábitos de esclavitud mental y tendencias a la perezosa molicie—ha de ser considerado como extraordinariamente inferior al del hombre. Las difereencias, en todo caso, serán individuales y relativas, pero nunca genéricas y absolutas."

Víctor Manuel II, rey cristianísimo y Garibaldi profeta de la libertad

El significado del XX de Septiembre

Por MANUEL NUÑEZ REGUEIRO

El 20 de Septiembre de 1870 se puso fin a la teocracia papal y se rubricó en una epopeya de magnífico fervor patriótico, el orden y la unidad de Italia. La acción victoriosa del noble rey Víctor Manuel abriendo la célebre brecha por la cual habría de entrar en la ciudad de los Césares, anuncia al mundo el significado de una fecha de valor universal para la libertad humana. Nada importa la queja del Obispo de Roma, el anatema papal contra la casa de Saboya; allí donde la libertad se defiende con el esplendor de las armas de Garibaldi o del gran rey de Italia, la maldición o la excomunión del pontífice deberá convertirse en una promisora bendición del cielo.

El plebiscito del 2 de Octubre de 1870 ha señalado el verdadero camino, declarando por voluntad de 133.681 votos contra 1507, unidos los Estados Pontificios al reino de Italia. ¿Qué significaba, pues, esa rotunda y unánime voluntad popular? ¿Era una rebelión abierta contra la tiara de los papas, o la conciencia libre de un pueblo que había visto la luz del camino de Damasco, dirigiéndose en pos del auténtico Cristo del Evangelio contra la autoridad del Syllabus del "infalible" "sucesor de San Pedro?" Para la verdad histórica ni aun esto último había sido comprobado. Pero si San Pedro no estuvo jamás en Roma, si la iglesia cristiana primitiva tuvo su asiento o nacimiento en Antioquía y no en la ciudad de Augusto, ¿cómo alguien se disputaba el trono apostólico de un rey que nunca había sido coronado?

La teocracia papal insinuada por Constantino, deseada por Zacarías, establecida por el rey Pepino en gratificación de servicios prestados: el donativo de este rey a Esteban II, de veintidós provincias, hecho a perpetuidad a la Iglesia y todos los papas; la confirmación de tal regalo por su hijo Carlo-Magno y agregando nuevos dominios al poder papal; todo eso, ¿no indica que el verdadero "reino de los cielos" no era la ambición piadosa del que a sí mismo se llamaba "Vicario de Cristo?" El poder temporal solemnizado por Esteban II, exaltado por León X al coronar sobre el sepulcro de los apóstoles al Hijo de Pepino en pleno día de Navidad, y reconocido como legítimo por reyes y emperadores durante siete siglos, había sido negado por espúreo y nada santo, por la voz elocuente de los sectarios de la Reforma, por considerárselo contrario a la institución de Cristo y por ser una usurpación o impía connivencia entre dos poderes, el civil y el eclesiástico. "Para los príncipes el imperio, y para los obispos la Iglesia", había dicho evangélicamente Gelasio, quien entendía que con el advenimiento y la reforma de Cristo, había quedado abolida la doble potestad eclesiástica y civil resumidas en una sola persona.

Luego, el ínclito rey Víctor Manuel II, fué por excelencia un rey cristianísimo, que supo dar al César lo que era del César y a Dios lo que era de Dios, siguiendo la propia máxima del Maestro. ¿Qué le importaba a él, pues, ni a toda la casa de Saboya la excomunión papal, si contaban con la aprobación y la bendición del verdadero Cristo histórico de los Evangelios? No hubo ni en Víctor Manuel, ni en Garibaldi, ni en el veredicto popular, otra cosa que altísima sumisión cristiana y no rebeldía herética contra los sagrados preceptos de la ley canónica de los apósoles. Cristo a haber vivido en esos días, se habría convertido en el apóstol de esa cruzada de la ibertad, felizmente llevada a glorioso término por las armas italianas que ocuparon a Civita Vecchia el 16 de Septiembre.

Desde entonces se ha podido comprender el valor de las excomuniones derivadas de un papa destronado. La caída del poder temporal significó la aurora del gran día de la unidad italiana, que ha dado al mundo una potencia engrandecida por el trabajo, por el fervor de la nacionalidad; potencia que es hoy respetada como persona internacional en la opulencia victoriosa de su pueblo inteligente, de su magnífico progreso artístico, científico, civil y cultural.

Pero no se deriva sólo del 20 de Septiembre el fausto acontecimiento de una Nación que surge unida y fuerte para agregarse solemnemente al concierto de las otras Naciones, sino el sentimiento de una nueva conciencia en la historia frente a los derechos del hombre y en abierto camino hacia la libertad. El Estado separado de la Iglesia supone el progreso moral y político dentro de la democracia espiritual, dentro del régimen de gobierno de cualquier país de la Tierra. El papado como entidad politicp-temporal no vale siquiera ni como ficción internacional. El reconocimiento de la soberanía pontificia supone la esclavitud la humillación del Estado al poder eclesiástico. Y ningún síntoma peor del progreso o del valor y contenido de las instituciones civiles o políticas que señalar ese maridaje oprobioso entre ambos poderes.

La obra de Víctor Manuel II y de Garibaldi es por lo mismo en alto grado ejemplar y esencialmente libertadora para Italia y par el mundo. Volver al antiguo estado de cosas, al reconocimiento de la teocracia papal, sería regresar a la noche medioeval en que el brazo inquisitorial se levantaba sobre la conciencia de los reyes y los hombres para mutilar o aniquilar la libertad del pensamiento, para quebrantar toda ansia de legítima liberación de quien desea vivir conforme a la conciencia hecha conciencia, es decir, a los dictados de Cristo, como conocimiento de verdad, de vida y de libertad para el hombre.

Por eso llamamos a Víctor Manuel el Rey Cristianísimo, y a Garibaldi el profeta de la libertad política, frente a la usurpación del poder civil, del cetro temporal detentado por los papas, en contra de la ley de Cristo, y el testimonio de la justicia universal.

Palabras de Sarmiento que podrían ser dirigidas a Mussolini

Pronunciadas en 1874 en presencia de S. A. R. Tomaso de Savoia

El 7 de Agosto de 1874 Sarmiento recibió al duque Tomaso di Savoia pronunciando el siguiente discurso que cobra actualidad por sus conceptos sobre inmigración.

Dijo:

Señor Duque de Génova:

Tengo un verdadero placer en ofrecer a V. A. la hospitalidad de la República Argentina. Habéis hecho bien, señor duque, de arribar a nuestras playas en vuestro viaje de circunnavegación. Al acercaros a nuestro continente, los nombres de Colón, Américo y Gavoto, han debido enorgulleceros de la parte que tomó la Italia en el descubrimiento de nuevos mundos.

En nuestras playas os han recibido, en medio de aclamaciones, millares de vuestros compatriotas, que lo son nuestros también. El nombre de Garibaldi figura gloriosamente en las filas de los héroes de aquende y de allende el Atlántico, y a la cabeza de nuestra marina está un italiano que es hoy jefe argentino. Si recorréis esta ciudad, os regocijará el carácter de la arquitectura italiana, que embellece las moradas particulares; y siento no tengáis tiempo de remontar nuestros ríos, para que oyerais los gritos del marinero de Génova o de Venecia, que animan los numerosos canales de los grandes ríos, con sus cantos, sus banderas y su trabajo.

Habéis hecho bien, os repito, señor duque, en visitar esta parte de América. La aristocracia inglesa, al dejar la Universidad de Oxford o de Cambridge y antes de sentarse en el Parlamento, viaja por el continente europeo, a fin de adquirir las nociones prácticas de la vida, que dan solidez y oportunidad al pensamiento del hombre de Estado. Los antiguos buscaban la luz al Oriente. La civilización moderna, por fortuna, no teniendo centro hoy, no hay para nadie ni Oriente, ni Occidente, ni Sur, ni Norte. Hay algo más grande, más completo: el mundo, y V. A. ha seguido el derrotero que al príncipe de Gales llevó a California y a los Estados Unidos.

Los intereses de las naciones están en su propio seno, y desparramados además por todos los puntos del globo donde hay productos del trabajo y materia para crearlos.

Llevaréis a vuestro Gobierno la grata noticia de que a ambas orillas del Plata, centenares de miles de italianos trabajan con éxito, prosperan y son felices en medio de una atmósfera de libertad y de simpática hospitalidad: millares son padres dichosos de numerosas familias, y todos, bajo un cielo caliente como el de Italia y claro como el de Nápoles, sienten las inspiraciones de las bellas artes. La Ristori, Tamberlick, la Grúa, la Viscachanti son miembros, diré así, de esta familia.

Si me detengo en estos pormenores, es para daros ocasión, cuando toméis parte en la dirección de los negocios públicos de vuestro país, a fin de que corrijáis errores que tienden a introducirse en la política exterior del Gobierno. Alarma a algunos estadistas de Europa el movimientode emigración hacia este o el otro continente americano, que se desprende de aquellas playas, y considerándolo un mal, quisieran poner un dique a esta corriente.

A más de que tal idea subvierte el orden y contraría las tendencias humanas, que desde los tiempos prehistóricos arrastran a los pueblos a poblar o repoblar los puntos del globo que más ventajas ofrecen, es a mi juicio un grave mal que hacen a sus propias naciones, manteniendo a sus habitantes en condiciones inmutables y hereditarias, y empobreciéndolos, con estorbarles que se enriquezcan dondequiera que haya medios de prosperar.

No son las leyes inglesas las que han atenuado los males seculares de la Irlanda, que hubo de morirse de hambre hace veinte anos. No fué tampoco la emigración a los Estados Unidos, la que disminuyendo el exceso de la población, estableció el equilibrio entre la producción de las materias alimenticias y los consumidores que requiere la dura ley de Maltus.

Es que habiéndose establecido en Estados Unidos dos millones de irlandeses, desde que cada uno de ellos empezó a prosperar, envió socorros a su familia, a sus viejos padres, a sus hermanos, y la Irlanda, recibiendo millones de dólares anualmente, fué mejorando de condición y corrigiendo la falta capital e incurable que mantiene las muchedumbres en la miseria secular, la ignorancia y el atraso.

Esto mismo sucede en las márgenes del Plata, y lo siente ya, y lo sentirá en escala mayor más adelante. (Los bancos italianos declaran hoy cinco millones de pesos mandados a Italia al año).

La subdivisión de Italia en pequeñas monarquías y principados que Víctor Manuel ha tenido la gloria de refundir en Italia, unificada como en los bellos tiempos de Roma, fué el origen de guerras eternas y de la destrucción del capital.

Los excesos del fervor religioso durante la edad media y el predominio del sentimiento artístico, trajeron la erección de millares de templos y un mundo de estátuas y cuadros en cuyo costo se han inmovilizado miles de millones, disipándose así la herencia de caudales y de riquezas que de toda la tierra llevaron los romanos primero y Venecia y Florencia después.

Las masas populares son pobres, incurablemente pobres en Italia. Pero la emigración italiana, siguiendo las huellas de Colón y Vespucio, viene a América y encuentra trabajo remunerado, y con la honradez, la fortuna; entonces cada vapor lleva a la última aldea de Italia, los auxilios que los ausentes envían a sus deudos, y el bienestar se difunde en torno. En el puerto de Génova el viajero argentino es saludado por centenares de emigrados "repatriados", que reconocen a sus patrones y amigos de América y se complacen en recordarles sus relaciones. El comercio italiano en el Río de la Plata es mayor que en toda la América del Sur junta porque los italianos aquí establecidos piden de preferencia a su patria los productos a que están habituados. Acaso, señor duque, la tajada de limón que sazona nuestro plato en este momento se ha producido en Sorrento o Castellamare, porque limones, naranjas y otros artículos menudos de consumo, nos vienen de Italia.

Dejen, pues, venir a los italianos a América. Yo diría más: Estimúlenlos a que vengan, y en medio siglo de relaciones, por cada diez italianos que vengan pobres e incapaces de medrar allá por falta de capital, volveránles uno rico, con el sentimiento adquirido de su propia dignidad, pues la estadística de todos los países, y la de Norte América sobre todo, ha mostrado que un pueblo rico o donde el bienestar se ha difundido en las clases inferiores, es más poderoso, aun para la guerra, que una numerosa población pobre y atrasada, pues que la guerra se hace hoy más con dinero que con sangre, más con ciencia que con valor estéril ante las ametralladoras y los acorazados.

Brindo, señores, por la bienvenida de un príncipe italiano a esta América, a presenciar el bienestar que adquieren sus compatriotas, y los buenos servicios que prestan a la cultura y desarrollo de la riqueza, a la vez que la simpatía de que él mismo es objeto.

CAVOUR

CUESTIONES SOCIALES

La jornada de trabajo en la Argentina, Chile, Cuba y Guatemala

La comisión encargada de elaborar el Código del Trabajo de la República Argentina ha enviado a las diferentes oficinas técnicas nacionales y provinciales un cuestionario relativo a la duración de la jornada de trabajo.

Las respuestas han de referirse a los siguientes extremos:

Duración de la jornada de trabajo. Establecimientos comerciales e industriales y categorías de personal a que se aplica la limitación de la jornada de trabajo. Casos especiales y excepcionales. Situación del Estado. Excepciones. Permisos compensadores. Horas suplementarias. Trabajos preparatorios o complementarios y trabajos ejecutados por turnos. Posibilidades de modificaciones de la ley por medio de acuerdos entre patronos y obreros. Semana inglesa. Períodos de descanso. Permisos. Trabajo de las mujeres y de los niños. Trabajo a domicilio. Trabajo nocturno. Situación del personal de los transportes y comunicaciones. Vigilancia y sanciones.

***

La Federación Chilena de los empleados de ferrocarriles presentó hace poco tiempo al Gobierno una instancia relacionada con ciertas mejoras que deseaba se introdujeran en las condiciones del trabajo de los empleados de ferrocarriles.

Atendiendo a estos deseos, el gobierno promulgó el 24 de enero último un decreto por el cual se concede a los ferroviarios la jornada de ocho horas.

Los ferroviarios, que habían acordado declarar la huelga general si no eran atendidas sus reivindicaciones, se han manifestado satisfechos. En todas las redes de la República chilena se aplica la jornada de ocho horas a partir del 1o. de marzo último.

Según el "Diario de la Marina", de La Habana, en cumplimiento del deseo manifestado por el Presidente de la República en su último mensaje al Parlamento, la Cámara de los Representantes ha emprendido el examen de los proyectos de ley relativos a la implantación de la jornada de ocho horas para todos los trabajadores, al seguro de los obreros de las industrias marítima y al reconocimiento por los patrones de las organizaciones y de los sindicatos obreros.

La Prensa aprueba estos proyectos, señala la favorable acogida dispensada por el Parlamento a las indicaciones del jefe del Estado e insiste especialmente en la necesidad de no retrasar más la limitación de la jornada de trabajo a ocho horas.

***

El Congreso Regional de Trabajadores Guatemaltecos ha clausurado sus sesiones. Entre los acuerdos adoptados figura como el más importante el relativo a la jornada de ocho horas.

Según el capítulo 3.o, artículo 14, del decreto número 1.434 del Departamento Nacional de Guatemala, la jornada en todo el territorio de la República no podrá ser superior a ocho horas diarias y cuarenta y ocho semanales.

Los asambleístas, en vista de que dicho decreto no se cumple en su totalidad, pues existen fábricas y talleres en donde se realiza una jornada de trabajo superior, y teniendo en cuenta además que otros gremios han logrado que cese el trabajo el sábado a las cuatro de la tarde, acordaron facultar al Comité Central Ejecutivo de la Federación Regional de Trabajadores para hacer efectiva la jornada máxima de cuarenta y ocho horas semanales para toda clase de obrero.s

ENTONCES...

Larva,
que te estremeces a la luz,
¡mira bien cómo escarba
en la tierra la larva de mi inquietud!
No será mariposa
en un sueño de rosa
para el encanto del jardín;
humilde y silenciosa,
se hundirá en una fosa
bajo el crepúsculo sin fin...

Frente al paisaje

¡Oh, agonía serena
de la tarde, en el oro
que diluye el crepúsculo
bajo un sueño remoto!...
Cadencia tan humana
del verso melancólico
que nadie ha dicho nunca
y se alza de lo hondo.
Luz suave, luz perdída
en algo misterioso,
que pone alma en las tristes
cosas que mueren pronto.

Adolfo CUENCA

Un proyecto de ley sobre admisión de extrangeros en la Gran Bretaña da lugar a alarmas

En la Cámara de los Lores ha pasado por todos los trámites reglamentarios un proyecto de ley que regula la admisión de extranjeros en la Gran Bretaña, proyecto que se halla ya, por lo tanto, en disposición de pasar a la Cámara de los Comunes.

La Prensa británica de carácter democrático se ha apresurado a dar la voz de alrma; pues, si tal proyecto llegase a ser ley, daría carácter de permanencia a las disposiciones excepcionales que se adoptaron en tiempos de guerra y que anulaban temporalmente (y con motivo justificado entonces) el Acta de 1905, o sea a ley vigente sobre admisión de extranjeros. Es decir, que con el nuevo proyecto queda abolido el derecho de asilo de que tanto se ha vanagloriado Inglaterra, y que, por su gran significación histórica, ha sido y es admirado y aplaudido por los espíritus tolerantes de todo el mundo y considerado como una característica institución inglesa íntimamente ligada con las tradicionnes que han contribuido a dar a Inglaterra el prestigio, que tanto le ha valido, de ser calificada como "la tierra, el hogar de la libertad".

La Prensa democrática hace constar que Inglaterra debe mucho, en cuanto a su prosperidad y civilización, a los inmigrantes que se han acogido a su territorio, pues se ha enriquecido espiritual y materialmente con las ideas, los conocimientos y el trabajo que aquéllos han aportado. "¿Quién podría decir hoy de Londres—pregunta el "Manchester Guardian"—lo que Milton dijo de ella hace trescientos años al calificarla como "una ciudad de refugio, hogar de la ibertad, circundada y protegida por ésta?"

El nuevo proyecto, no sólo restringe y gobierna la admisión de extranjeros y suprime todo derecho de apelación contra la exclusión o la deportación, sino que sujeta a aquéllos a una estrecha inspección y vigilancia, continua por parte de la Policía, a merced de la cual se hallaría siempre. Esto, que pudo ser una precaución necesaria en tiempo de guerra, no debe regir en época de paz.

En el Acta de 1905 se consignaba el tradicional principio de que "no se impidiese la entrada en el país a persona alguna que acudiese buscando refugio contra persecuciones políticas o religiosas". Esta cláusula que, como ha dicho lord Haldana, es "un dogma sagrado y fundamental de la Constitución inglesa", no figura en el proyecto presentado a las Cámaras; por lo tanto, si éste pasa a ser ley, quedará tal dogma como una cosa perteneciente al glorioso pasado de Inglaterra y la preeminencia y prestigio que la nación británica alcanzó por sostener intangible el derecho de asilo, a veces contra la protesta de Gobiernos extranjeros, pasarán a otras naciones menos suspicaces y más amplias.

CONTRASTES, DEPORTES Y EL LADRON SIN GALANTERIA

El Senado francés, en plan de economías, no ha concedido el dinero necesario para que los deportistas de Francia puedan tomar parte en los Juegos olímpicos de 1928.

"Le Journal" abrió inmediatamente una suscripción nacional, a la que contribuye el popular periódico con 25.000 francos, y en pocos días ha reunido cerca de un millón.

***

El Gobierno ha resuelto prohibir a la aviación militar los vuelos trasatlánticos hasta que los aparatos no sean más perfectos.

El mismo día que se publicó esta desconsoladora noticia, un joven parisiense, en frágil canoa — después de caerse dos veces al mar, — logró atravesar... el Canal de la Mancha en cuatro horas y treinta minutos.

***

Una gentil artista que dormía tranquilamente en su casa, se despertó al oir cierto ruido extraño. Encendió la luz y fué sorprendida por un joven y elegante ladrón que, empuñando un revólver, exigió le entregara las alhajas.

—Ahora se las daré; pero le ruego que no haga ruido, porque mi madre duerme en la habitación inmediata y podría despertarse asustada.

Después de esta razonable respuesta, y al saltar de la cama la bella artista, el ladrón — sin valor ni galantería — huyó despavorido.

***

Los humoristas parisienses comentan estos "contrastes", que son los únicos sucesos interesantes en esta tranquila semana de estío.

Juan BRASA

El Abrazo de la Muerte

(CUENTO)

Cuando el trasatlántico en que hacía su viaje desde la República del Plata arribó en aguas españolas, D. Luis Urquiola sintió una emoción profunda. Después de treinta años volvía a la Patria para encontrar muertas o perdidas todas las ilusiones que animaran su juventud.

Había salido de Madrid hacía seis lustros con la intención de resolver brevemente unos asuntos en Alemania, y durante su ausencia una traidora enfermedad arrebató la vida a su mujer. La inmensa tristeza que aquel dolor produjo en su ánimo, le obligó a emprender rumbo con dirección a América, no queriendo volver a su hogar en el que dejó un amor y ya sólo le quedaban tristes recuerdos. Mandó vender sus muebles, liquidar su fortuna, y, al emigrar, pretendiendo desligarse del pasado, decidió no escribir a nadie. De este modo se hacía la ilusión de que volvía a nacer. Ahora, al retornar, seguro de la extinción de casi todos sus amigos y deudos sin grandes incentivos para el porvenir y sin lazos firmes que le atasen a nada en el mundo, traía una preocupación, mejor dicho, el deseo de cumplimentar una deuda sagrada.

En su condición de indiano rico, con la cartera repleta de billetes y sus cincuenta y nueve años bien conservados, nadie pensaría que aquel hombre alto, fuerte, saturado en apariencia de satisfacciones y lleno en el fondo de escepticismos filosóficos, traía una sola misión al volver a Madrid: abrir una sepultura y trasladar unos restos humanos.

Adela, su mujer, con la que sólo estuvo casado pocos meses, en su humorismo sano de madrileña castiza, muchas veces desafiando, burlona, la idea de la muerte, le había pedido que si se moría antes que él no la enterrase en el panteón familiar, queriendo mejor descansar sola que con las ariscas de sus hermanas, los desaprensivos de sus cuñados y, sobre todo, con aquel tío Enrique, baldón de la casa paterna y causa inmediata de tantos quebrantos de fortuna. Cuando ocurrió la horrible tragedia, ausente el marido, los parientes, ignorando estos deseos, la enterraron en el referido panteón.

Muchas veces Urquiola, en sus horas de angustia o en sus días de triunfo, en los momentos de satisfacción o en los de dolor, sentía levantarse en su conciencia la acusación terrible de que en sus prisas por refugiar su viudez lejos de España había dejado incumplidos los deseos de su muerta querida.

Es una tarde gris del mes de Octubre. En la vieja Sacramental, los altos cipreses parece que saludan desde lejos al visitante. El guarda un anciano sepulturero que ha visto desfilar ante sus ojos incontables cortejos fúnebres y que conoce la situación de todos los cenotafios, guía a D. Luis Urquiola entre los paseos de acacias, las filas de nichos, las plantaciones de rosales. Al final, en un rincón de uno de los primitivos patios, encuentra el pudridero del general Guardiola, el lugar de reposo con que soñó tantas veces durante su ausencia.

Al observar, después que muchos años, el panteón de su uegro, recordó las dimensiones de aquella cripta en la que sólo podían enterrarse hasta doce cadáveres, y le sorprendió, leyendo las inscripciones, cómo allí aparecía reunida la numerosa parentela de su infortunada mujer (hermanos, tíos, yernos, nueras, sobrinos; incluso aquel sinvergüenza de Enrique, ruina de la casa solariega, causante de graves disgustos que influyeron sobre el temperamento de Adela). El recuerdo sólo de aquel hombre, de que se decía que tenía jettatura, contrarió horriblemente a Luis.

Los empleados de la triste mansión le dieron explicaciones de cómo habían podido caber allí tantas personas. En diferentes veces habían hecho lo que se llama reducción de restos. Estas reducciones, autorizadas por la Inspección Provincial de Sanidad, consisten en reunir en un sólo atáud tres o cuatro cuerpos o en recoger en una pequeña caja los huesos que ya están completamente desarticulados. De este modo se hace sitio para nuevos enterramientos.

La piqueta del sepulturero rompió en varios trozos el tabique de entrada del panteón. Urquiola sentía latir sus sienes de modo descompasado y una impresión indescriptible le conmovía. Iba a volver a contemplar a la muy amada, a aquella niña santa que le dedicó todos sus cariños, único corazón de mujer al que había inspirado una admiración devota; mujer a la que ya no había visto desde aquel día de primavera en que con la tristeza de todos los adioses se diron un abrazo feliz y definitivo en el estribo del exprés de Hendaya.

Amontonados unos sobre otros, se ofrecieron a su vista una colección de ataúdes, de estilo y madera muy diferentes. El del jefe de la familias, suntuoso y lleno de galones; el de una hija que murió soltera, blanco y sin adornos; algunos que parecían de juguete y contenían restos de niños. Uno de los enterradores, acostumbrado a revolver entre carroñas y osamentas, sacó un cajón grande de pino ordinario, sin forma de una urna cineraria, y en cuya tapa había una etiqueta con el siguiente letrero: Restos de Adela y Enrique".

Destapada el arca, apareció en su fondo el cuerpo de su mujer, perfectamente momificado, amortajado con el vestido de novia y conservando casi todas la bellas facciones que fueron el incentivo de su pasión Pero junto a ella, en un montón informe y monstruoso, el esqueleto de Enrique, cubierto con un hábito de estameña parda y atados ambos por dos trozos de cuerda que les unía el uno contra el otro. Para que ocupasen menos espacio, se conoce que los habían ligado fuertemente. Antes que el sepulturero cortase con su navaja las macabras ligaduras, don Luis rasgó con fuerza aquellos nudos sacrílegos. Idea del diablo fué la de unir en un mismo ataúd aquellos dos seres que se habían odiado, que quizás el uno había sido causante de la muerte del otro, y que se les había querido obligar a dormir siempre abrazados en el sueño eterno de esa noche que no tiene amanecer.

Inspiración divina debió ser la de venir desde tierras remotas para romper aquella unión que, aun hecha más allá de la muerte, era un insulto a sus sentimientos más íntimos.

Encerrada en un moderno y lujoso féretro, Adela recorre en el cementerio el mismo camino que recorrió treinta años antes, sólo que en dirección contraria. Los árboles son más frondosos, el campo está más cubierto de sepulturas, detrás no marcha un lindo cortejo, pero si va un hombre de corazón. Aquel corazón que le fué fiel y que a través del tiempo volvió por redimirla.

El coche de la funeraria le lleva a la nueva Necrópolis, donde Luis Urquiola ha buscado un enterramiento que tenga a su izquierda un lugar vacío. Este lugar será el suyo, y ya que la vida no le permitió marchar siempre el uno junto al otro, en la muerte quiere tener la seguridad de que ya nadie podrá robársela.

Y mientras hilvanaba estas meditaciones sentimentales, embutido en el auto que daba tumbos por la carretera, daba por bien empleado su regreso, que tanto demoró, y que le había permitido salvar de un macabro cautiverio y de un abrazo infernal los restos de la muy amada.

J. Alvarez SIERRA

LA AUREA VASIJA

LOS LIBROS

El libro es el palacio del espíritu. Abrir sus hojas es levantar las tapas de los cofres de Darío. Una nueva riqueza llega a nosotros e hincha nuestro espíritu de sugestiones maravillosas. El libro es el alivio de nuestra congoja, el aguijamiento de nuestro espíritu, el acicate de nuestros sentidos, el aldabonazo dado a nuestra sensibilidad para que despierte, el archivo de las grandes acciones, la pincelada fisionómica de los hombres extraordinarios, la áurea vasija donde la Humanidad vuelca sus grandes y eternas ideas.

En el tomo — grande o pequeño — están encerradas una porción de aventuras espirituales. Aquí, en sus páginas, duermen las mariposas inmortales del ideal, el enjambre magnífico que llena de oro nuestra fantasía, la llave que abre todos los caminos del ensueño.

En los subterráneos de nuestra conciencia duermen muchos deseos humanos y justos que son descubiertos por el milagro de la palabra escrita. "¡Adsum!" Aquí estoy, dice el espíritu, y la llama viva de otra alma prende en nuestra hojarasca y se enciende una espléndida hoguera. ¿Quién descubrió en nuestro glorioso abuelo don Quijote las raíces profundísimas de su heroicidad? Los libros. ¿Quién hizo caballero andante de la cristiandad, y quién curtió el espíritu recio, y le abrió el camino de la santidad a nuestro Iñigo de Loyola? Los libros. ¿Quién levantó del suelo y lo elevó a la cumbre de la gloria imperecedera al cazador furtivo de Sttraffor, Shakespeare? ¿Quién elevó a las altísimas especulaciones espirituales al simplísimo Juan de la Cruz, que llevaba en su zurrón por todo ajuar los Evangelios? ¿Por qué conocemos las gestas magníficas de los grandes capitanes, las vidas luminosas de los sabios, los misteriosos secretos de la Naturaleza, los insondables abismos del espíritu, el genio y el valor de nuestros antepasados? ¿Quién hizo a Teresa de Jesús, una mujercita tímida y endeble, levantarse sin pihuelas hasta las altas cimas de la inmortalidad? Los libros.

. . . .

Los libros son lo más grande y lo más noble porque encierran el espíritu, que es la divinidad. Por ellos podemos sostener, a través de los siglos, un diálogo eterno con los grandes hombres, evocar los fantasmas de otras épocas, sentir revolotear junto a nosotros las criaturas creadas por la fantasía. De niños encontramos en sus páginas las hadas del bosque; sentimos crujir las hojas al paso de los gnomos; vemos la mansión magnífica donde el ogro guarda a la princesa, y saludamos, recogidos, los buenos gigantes que vigilan nuestros sueños. De jóvenes, abren nuestro corazón a todos los heroísmos y al amor, a la ternura y a las grandes y gloriosas empresas. De viejos, los libros son como brazos amorosos que nos sostienen, y nos hacen olvidar nuestros achaques, nuestros pesares y nuestras angustias. El libro hará del cobarde, un héroe; del pastor, un vidente o iluminado; del grosero, un hombre delicado y amable; al cruel lo convertirá en blando y dulce; al rufián, en caballero, y al sensual, en mártir.

Caen los pueblos, fenecen los hombres, y se pierden en el polvo de los siglos generaciones de criaturas. La máquina implacable del tiempo va moliendo, como la rueda de un molino gigantesco, las civilizaciones. ¿Quién hará desfilar por nuestros ojos las magnificencias de Darío, la gloria militar de Alejandro, la virtud y entereza de Catón, la palabra encendida de Demóstenes, el gesto, el verbo, las facecias y elocuencia de Cicerón, las trifulcas del ágora y del foro, el limpio linaje de los Gracos y las heces de la Roma decadente? Los libros.

¿Queremos reconstruir la Grecia de los tiempos heroicos? Ahí están los poemas de Homero. ¿Queremos oir las súplicas de los senadores romanos en días turbulentos, los gritos de los tribunos de la plebe y las pisadas amenazadoras de los soldados de Tigelino? ¿Queremos saber la grandeza, de corazon de Cornelia, la fortaleza de Porcia, la impureza de Lamia, y la agudeza, coquetería y liviandad de Cleopatra? Ahí están los libros de Plutarco.

La fisonomía de la Edad Media, sus luchas, sus inquietudes, sus miserias y grandezas ¿no están en las páginas del Dante? El espíritu paradójico, atormentado, inquieto y vacilante de nuestro tiempo, ¿no está en Shakespeare? ¿Queremos conocer a nuestro pueblo, sus frailes, sus caballeros, sus curiales, sus aldeanos, sus príncipes, sus magnates, sus mozas de mesión y de partido, sus truhanes, sus hidalgos de gotera, sus fanfarrones, sus damas arriscadas y melindrosas?

El Arcipreste de Hita nos dará su profundo conocimiento del hombre y de su tiempo; Rojas nos asombrará con su ciencia y su perspicacia; Tirso nos ofrecerá en sus libros sus villanas sagaces y desenvueltas; Guillén de Castro, sus dulces y suaves diálogos; Lope removerá todo un mundo poético, deslumbrándonos con el torrente de su genio inagotable. Calderón, con su estilo patético, sublimará las pasiones alumbrando el caos, para ofrecernos tipos de una extraordinaria grandeza, y Cervantes hará la historia de un pueblo y la apoteósis de una raza, hurgando en los estratos más profundos de nuestra naturaleza, para darnos, en Quijote y Sancho — sus dos tipos inmortales — el arquetipo del hombre.

¿Quién podrá luchar con el Tiempo Cuenta una vieja leyenda escandinava, que al enterarse el gigante Thor de que había en el mundo un sitio llamado Utgard, poblado por los gigantes Joetuns, quiso medir con ellos su fuerza, y allá fué Thor dispuesto a vencerlos. Y con la pesada y formidable maza al hombro llegó a Utgard. Los gigantazos, al ver a Thor, lo miraron desdeñosamente y le preguntaron:

—¿Qué vienes a hacer aquí?

—Quiero pelearme con vosotros — gritó Thor, apretando la maza hasta que se le pusieron blancos los nudillos.

Rieron los Joetuns haciendo un ruido de tormenta.

—¡Bah, es un fanfarrón!

Thor, furioso, quiso descargar un golpe; pero de los Joetuns lo paró con un dedo.

—Si quieres quedarte con nosotros, tenemos que someterte a una prueba.

—¿Cuál?

—Toma.

Y le dieron a Thor un enorme cuerno lleno de agua.

—Si lo apuras, eres de los nuestros.

Thor se lo tiró a pechos, y no lo pudo mermar ni un dedo.

—¡Vaya, hombre, vaya! ¿Y tú eres un gigante?

Rugió Thor. Sus ojos enormes eran dos agujeros de fragua.

Los Joetuns quisieron someterlo a otra prueba.

—Aquí tienes una vieja que quiere luchar contigo.

Cayó Thor como una tromba sobre la endeble valetudinaria. Su maza golpeó una, dos, diez veces la frente de la viejecita, que sonreía sin inmutarse. Thor, vencido, avergonzado, tiró el artilugio y dejó caer los brazos con desaliento. Los gigantes de Utgard le dieron unas palmaditas y lo despidieron cariñosamente:

—Has quedado vencido — le dijeron; — pero no te avergüences. El cuerno que quisiste apurar de un sorbo es el mar, ¿y quién podrá beber lo insondable? Por lo que hace a la vieja esa, era el Tiempo, ¿y hay alguien capaz de vencer al Tiempo?

. . . .

Sí, hay alguien capaz de vencer al tiempo. Los libros.

La llama del espíritu inmortal que arde en ellos vence al Tiempo inexorable. Se hunde Grecia y quedan libros de Platón, de Sófocles y Eurípides; cae Roma y queda Horacio. Séneca, Cicerón y Plinio; desaparece el pueblo judío y queda el libro, que es la voz del mundo: la Biblia; los siglos tenebrosos del feudalismo nos dejan su palabra en el libro de "Los exemplos", del conde de Lucanor; en el "Libro del Buen Amor", del Arcipreste de Hita, y en "La Celestina", de Rojas, y en "Mio Cid". Por los libros penetramos en el fondo y esencia de las cosas; ellos limpian nuestra alma de tinieblas y nos llevan a la mansión de la luz. Los libros son el ritmo, la heroicidad, la paciencia en los trabajos, el amor, la dulzura, la sinceridad, la coherencia, un mundo nuevo sacado del caos por la mano del hombre. Ellos, por último, nos acercan a la divinidad, porque donde está la palabra escrita, allí está el dedo de Dios.

Julio ROMANO

LA VISION DE ALBERDI

En América del Sud, poblar bien es gobernar bien

A los setenta y cinco años de la obra de Alberdi "Bases para la organización política de la Confederación Argentina", los puntos de vista esenciales del sociólogo, continúan siendo el decálogo de nuestra vida pública. Los problemas que Alberdi encaró en las postrimerías de la dictadura, son, muy a pesar de nuestra vanidad porteña, los mismos que hoy afrontan los bien inspirados gobernantes. Alberdi, sociólogo sudamericano más aun que argentino, afirmaba entonces que "la cuestión argentina de hoy, es la cuestión de la América del Sud, a saber: buscar un sistema de organización conveniente para obtener la población de sus desiertos, con pobladores capaces de industria y libertad, para educar sus pueblos en la industria y libertad práctica." Hoy como ayer, podemos afirmar con el maestro, que "ese problema está por resolverse. Que "ninguna república de América del Sud lo ha resuelto todavía."

No analicemos los países vecinos, con su porcentaje abrumador de indios, que constituyen la pesadilla de los reformadores políticos, quienes no encuentran medios de exterminar ni de asimilar esa enorme masa de autóctonos que pueblan las serranías y viven en todos los matices de la barbarie, desde la semicivilización Maya e Incáica hasta la incontaminada aristocracia de las tribus de "Hurus" en Bolivia, que conservan aun sus ritos salvajes. Refiriéndonos tan sólo a nuestra república, la más civilizada de América del Sud, ante el panorama de sus desiertos y sus pampas, podemos repetir que no formamos en realidad un Estado, a pesar de los diez millones de nuestra población. Estamos como escribía Alberdi "en el limbo político y somos almas errantes en la soledad, es decir Americanos del Sud."

Poblar era para el pensador, la misión de los gobiernos, toda vez que había pasado la epopeya y los nuevos países entraban a su período de formación racial: "El ministro de Estado, que no duplica el censo de estos pueblos cada diez años, ha perdido su tiempo en bagatelas y nimiedades", afirmaba. Y en verdad su aspiración era mínima. No obstante, del millón de habitantes que calculamos en 1852, hemos llegado apenas a los diez millones en 1927. Esto significa que vivimos en el desierto, ya que un país que tiene la extensión de Europa entera, menos Rusia, requiere una población de 100 millones de habitantes.

La organización política argentina, calcada sobre las sabias bases de Alberdi, ha fracasado en la realidad de sus setenta y cinco años de vida constitucional. No hemos hecho sino teorías constitucionales y con buenos propósitos hemos empedrado las rutas del desierto.

No hemos sabido poblar, no hemos sabido gobernar. Poblando mal se ha gobernado mal. "Sin población y si nmejor población que la que tenemos para la práctica de la república representativa, todos los propósitos quedarán ilusorios y sin ningún resultado. Haréis constituciones brillantes que satisfagan completamente las ilusiones del país, pero el desengaño no tardará en pedirnos cuentas del valor de las promesas; y entonces se verá que hacéis papel de charlatanes cuando no de niños víctimas de vuestras propias ilusiones." Tales palabras son lapidarias en nuestro fracaso constitucional. No hemos seguido el camino que nos señalara el maestro. Los argentinos en ciento diez y siete años de vida independiente, en setenta y cinco años de vida constitucional, no atragimos a la Europa de la industria, ni "abrimos las puertas del desierto para que todos entrasen, ni aseguramos el bienestar de los que en el desierto penetraron, ni dimos la libertad dentro de él, ni garantizamos los románticos derechos de la constitución."

"Si abrís las puertas y hostilizáis dentro, armáis una trampa en lugar de organizar un Estado. Tendréis prisioneros, no pobladores; cazaréis unos cuantos incautos, pero huirán los demás. El desierto quedará vencedor en lugar de vencido." Y ciertamente, adoptamos una Constitución con hermosas garantías individuales, con declaraciones de libertad inherentes al trabajo, al comercio, a la igualdad ante la ley. Pero investimos un comisario en cada localidad, vulgarote y politiquero, representante del poder público, del caudillo político en la realidad de la vida, ley suprema ante el extranjero y ante el nativo.

Con cuanta sabiduría y no sin cierto escepticismo, escribía Pellegrini al autor de las "Bases": "Hay que esperar también que los hombres políticos argentinos, aleccionados por la experiencia y conscientes de todas las responsabilidades que les impone esta noble misión de su patria en la obra de regeneración de la raza y de resurgimiento de la América del Sud, sabrán hacer del gobierno constitucional, una verdad, conteniendo o desarraigando la tendencia al poder personal, que es la funesta herencia de la tradición indígena." Mas no han sabido nuestros políticos contener ni desarraigar la tendencia al poder personal que es la funesta herencia de la tradición indígena.

La constitución del 53, inspirada en la obra de Alberdi, no fué cumplida. No vencimos al desierto. América emancipada continúa en su estado obscuro y subalterno. No hemos poblado bien. Europa no ha llegado a las ciudades argentinas mediterráneas. Formamos sólo una gran cosmópolis: Buenos Aires. La inmigración espontánea se ha detenido en la gran ciudad para los menesteres domésticos, para carne de taller y de oficina, para engrosas un proletariado famélico. No hemos prolongado el océano hasta las entrañas de nuestra riqueza virgen aun, en los campos fecundos y en las montañas cuajadas de tesoros.

"Tampoco podréis llevar hasta el interior de nuestros países la acción de Europa por medio de sus inmigraciones, que hoy regeneran nuestras costas, sino por vehículos tan poderosos como los ferrocarriles. Para tener ferrocarriles, negociad empréstitos en el extranjero, empeñad nuestras rentas y bienes nacionales. Protejed al mismo tiempo empresas particulares para la construcción de ferrocarriles. Colmadlas de ventajas, de privilegios, todo el favor imaginable sin detereros en medios". Y a tres cuartos de siglo, resurgen las ideas de Alberdio, como fuerzas de luz que triunfan a pesar de todas las confabulaciones de las sombras. No otra cosa representa el programa actual del consorcio ferroviario, cuya idea radica en el Presidente de la Nación, y tiene su alma mater en el Dr. Manuel Augusto Montes de Oca.

Setenta y cinco años de política equívoca, de vida constitucional incireta, de programas de colonización fracasados en expedientes burocráticos, pueden retardar la realización de un pensamiento, pero no anularlo. Las ideas de Alberdi tendrán en nuestros días, principio de efectiva ejecución. Es necesario traer colonos a América del Sud, y la Argentina ha de tomar la iniciativa, y los colones serán de Europa.

Alberdi no fué un visionario sino un hombre que visión del destino continental. Alberdi escribió sus "Bases" para América del Sud. Ferrocarriles que lleven la civilización de Europa; colonos que traigan hábitos de trabajo y conocimientos de industria, necesitan nuestros campos desde Magallanes hasta el Caribe.

He aquí que en nuestros días, cuando se acentúa el poder de Norte América en todo el orbe, cuando parece cambiar del viejo al nuevo mundo, y aunque siempre en la zona Norte, el centro de atracción e irradiación económico mundial, el pensamiento de Alberdi encuentra sus ejecutores casi a un siglo de transcurso, y resurge en esta hora de peligros americanos, un nuevo programa de colonización a base de la cultura y de la población europea, que conforme a la visión del estadista, comienza en la Argentina, cabeza continental.

La gestación ha sido lenta, la labor es ardua. Pero es hora que se comience.

Repitamos con Alberdi: "La mano de Europa plantó la cruz de Jesucristo en América del Sur, antes gentil. ¡Bendita sea por esto sólo la mano de 'Europa!"

Florencio MOSQUERA KELLY.

*

UN ANTICIPO

Telleyrand, en su lecho de muerte, recibió la visita de Luis Felipe, quien le preguntó cómo se sentía.

—¡Ah! majestad,—respondió el célebre diplomático, — sufro como un condenado.

—¿Ya? exclamó sonriendo el rey

*

LAS PALABRAS DEL CARDENAL MERCIER

Sábese que el cardenal Mercier pronunció un discurso en la iglesia de Sainte-Gudule de Bruxeles, el 21 de Julio pasado, día de la fiesta nacional belga. El telégrafo ha podido sólo transmitir una síntesis. El texto de ese discurso, que fué estenografiado por un oyente durante la ceremonia, comienza con las cláusulas que siguen. El cardenal Mercier tomó como tema el que se desprende de las palabras bíblicas "Jerusalem, los extranjeros son dueños de tus murallas; los días de alegría hanse tornado días de duelo".

He aquí las primeras clásulas de la oración:

"Mis queridos hermanos, debemos reunirnos aquí para festejar el 85o. aniversario de nuestra independencia nacional. Dentro de catorce años en semejante día, nuestra catedrales restauradas y nuestras iglesias reedificadas serán ampliamente abiertas: la multitud se precipitará en ellas. Nuestro rey Alberto, alto en su trono, inclinará su frente indomable, aunque con gesto libre, ante el Rey de los reyes. Los príncipes reales rodearán a la reina; nuevamente escucharemos el alegre repicar de las campanas echadas al vuelo, y, en el país entero, bajo las bóvedas de los templos, los belgas, tomados de las manos, renovarán sus votos a Dios, a sus soberanos y a sus libertades. En tanto que los obispos y los sacerdotes, intérpretes del alma de la nación, entonarán, en un común impulso de gozoso reconocimiento, un Te-Deum triunfal.

"Hoy el himno del regocijo expira en nuestros labios. El pueblo judío, cautivo en Babilonia, presa del llanto en las orillas del Eufrates, contempla correr las aguas del río. Penden mudas sus arpas de los sauces de la ribera. ¿Quién había tenido el coraje de cantar el cántico de Jehová en un suelo extranjero?"

El prontuario policial de Benito Mussolini

Mussolini antes de llegar a ser el jefe del gobierno italiano, ha sido el jefe del Partido Socalista italiano, el director-redactor del "Avanti", el animador del movimiento obrero izquierdista de Italia.

Su carrera de agitador revolucionario desde 1904 a 1914 está claramente condensada en un informe de la prefectura de policía de Forlí (Italia). Nosotros hemos tenido oportunidad de examinar este documento, del cual daremos, en extracto, los pasajes más interesantes:

PREFECTURA DE FORLI

Reservado No. 1349-14 Div. 11
Años 1904-1921 Categoría 4

Objeto: Mussolini Benito de Alejandro (socialista revolucionario). —(Fotografía anexa).

Sumario biográfico hasta el 1o. de enero de 1904: Benito Mussolini como individuo es de un carácter muy vivo, a menudo impulsivo y violento, pero a causa de una educación suficiente, que los obreros, en general, no poseen, goza de buena reputación.

Ha dado pruebas de cierta inteligencia y de un espíritu un tanto cultivado, habiendo hecho sus estudios en la escuela normal de Forlimpopoli, en la que obtuvo su diploma de maestro.

Frecuenta los medios obreros y hace adeptos para su partido. Hasta hoy no ha desempeñado ningún mandato político.

Se halla inscripto al Partido Socialista, en el cual ejerce una influencia insignificante, que no se extiende más allá de su propia aldea.

Mantiene relaciones con los jefes del Partido en Romaña y con militantes de Berna, Zurich y Lausana, ciudades que ha habitado desde 1901 hasta octubre de 1903.

3 de enero de 1904 (N. P.) 59 — Ha partido para Ginebra en busca de un empleo.

6 de febrero de 1904 (N. P. 308) — El cónsul general de Italia en Ginebra comunica que Benito Mussolini, denunciado como anarquista, ha sido expulsado del cantón de Berna. Se encuentra en compañía de un tal Domaniti. Se había inscripto en la Universidad de Ginebra.



MUSSOLINI

28 de abril 1904 (N. P. 924) — El 10 de abril Benito Mussolini ha sido declarado desertor sin justificación al llamado de su clase bajo las armas. El -5 del mismo mes ha sido detenido en Ginebra por falsificar la fecha de su pasaporte y expulsado del cantón. El 17 de abril fué conducido a Chiasso, pero habiendo pretextado de que en su calidad de desertor militar no podía ser entregado a las autoridades italianas, fué autorizado, gracias a la intervención de los líderes socialistas del cantón de Tesino, a descender en Berinzona, donde se encuentra en este momento.

19 d noviembre de 1906 (N. P. 1892) — El 6 de septiembre de 1906 llega a Prodappio. El 15 de noviembre de 1906 partió para Tolmezzo en busca de un empleo de institutor. La prefectura de Udine recibió orden de vigilarlo.

22 de julio de 1908 (sin número). — Por sentencia del 22 de julio de 1908 del tribunal de Forli es condenado a tres meses de prisión y doscientas liras de multa por amenaza a mano armada.

10 de septiembre de 1908 (N. P. 2569). — Por sentencia de 3 de septiembre de 1908 el juez de paz de Mendola es condenado a 100 liras de multa por violación de la ley de seguridad pública.

14 de febrero de 1909 (N. P. 60). — Habita actualmente en Trento, calle Riviera número 20. Ha sido nombrado secretario de la Bolsa de Trabajo y es muy activo en la propaganda de sus ideas.

23 de Julio de 1910 (2994) — Ha sido denunciado a la autoridad judicial por violación a la ley de seguridad pública, pues ha provocado en abril una demostración en contra de la República Argentina sin haber obtenido el permiso correspondiente.

30 de Septiembre de 1911 (N. P. 3918) — Es denunciado al procurador del rey por provocación a la revuelta contra las autoridades y las instituciones.

16 de Octubre de 1911 (N. P. 4128) —El 14 de Octubre de 1911 fué arrestado a consecuencia de una demostración contra el envío de tropas a Tripolitania.

Se le acusa: 1o., resistencia a las autoridades públicas y de actos de violencias contra los edificios públicos; 2o. de violencias contra los soldados; 3o. violencias para paralizar los servicios públicos: ferrocarriles y tranvías; 4o. daños causados a las líneas telegráficas; 5o. obstrucción al servicio ferroviario.

23 de Noviembre de 1911 — Po. sentencia del tribunal de Forli ha sido condenado a siete meses de prisión.

15 de Febrero de 1912 (N. P. 4135) — El 29 de Enero de 1912 la Corte de Apelaciones de Bolonia, después de revisar la sentencia del 23 de Noviembre de 1911 reduce de 7 a 5 meses la pena infligida por el tribunal de Forli. Sale de la Cárcel el 12 de Marzo. Toma parte en el cortejo socialista de Reggio-Emilia. Exige la exclusión del partido de los diputados Bissolati, Cabrini y Bonomi, por haber participado en una manifestación de simpatía para el rey, en ocasión del atentado del anarquista D'Alba. Pidió también la expulsión del diputado Pedrecca por su actitud patriótica, en ocasión de la guerra de Libia.

25 de Octubre de 1913 (N. P. 9071) — Ha sido proclamado candidato al parlamento por el distrito de Forli. El 18 de este mes ha expuesto su programa. Al hablar de la guerra de Libia atribuyó la responsabilidad al rey, para quien empleó un lenguaje insolente. Ha sido denunciado a la autoridad judicial.

11 de abril de 1914 (N. P.) 124) — Es acusado de ultrajes al ejército por haber publicado en el diario "Avanti!" los artículos siguientes: "Los asesinos de Roccagorga" "Los crímenes de Baganzola". Por sentencia del 1o. del mes fué absuelto por el jurado.

Para celebrar esta absolución y para manifestar su solidaridad con la redacción del "Avanti!", la sección socialista de Milán celebró un mitin el día 5 de abril en el cual habló Mussolini, expresándose, como de costumbre, en un lenguaje muy virulento, contra la monarquía, la policía y el ejército.

4 de julio de 1914 (N. P. 5157) — Durante la huelga general de protesta por los hechos de Ancona (semana sangrienta), Mussolini se mostró muy activo desde los primeros síntomas de la insurrección.

Publicó en "Avanti!" artículos para inicitar a los trabajadores a tomar parte en la insurrección. Los días 8 y 9 de junio pronunció discursos muy violentos, excitando al odio de clases, crimen por el cual fué denunciado a las autoridades judiciales.

La insubordinación de las masas se debió principalmente a la actividad que desplegó para excitar los odios de clase.

Abusa de la tolerancia y de la débil oposición de sus adversarios en el Partido Socialista para inflamar las masas obreras y precipitarlas hacia un movimiento sedicioso. — Rirmado: El Prefecto.

Nota secreta de la Prefectura de Policía de Milán: Benito Mussolini, socialista revolucionario ha recibido como director del "Avanti!" sumas considerables para intensificar la propaganda revolucionaria. Según nuestros informes ha recibido dinero del Partido revolucionario alemán y del Partido revolucionario ruso.

No ha sido posible todavía conocer el monto de estas sumas: las investigaciones secretas se prosiguen.

Aquí terminan las notas de la policía de Forli.

("Le Quotidien", de París).

